

# Teodoro Petkoff: «El antivirus del chavismo está en el reformismo avanzado»

Antonio López Ortega

Figura central de la política venezolana de los últimos cincuenta años, economista y analista político, exguerrillero y fundador del Movimiento al Socialismo, autor prolífico y director de varios periódicos, excandidato presidencial e impulsor de las corrientes de la izquierda democrática, exministro de Planificación Económica, Teodoro Petkoff diserta sobre la actual situación política de Venezuela<sup>1</sup>.

**ANTONIO LÓPEZ ORTEGA (A.L.O.):** A principios de los 70, con libros tuyos tan significativos como *Proceso a la izquierda*, se produjo una reflexión política de enorme importancia para América Latina. Se trataba de la primera revisión seria, crítica, moderna, de lo que llamabas la «izquierda borbónica» —esa izquierda heredera de los viejos modelos soviéticos, incapaz de abrirse a la comprensión de las nuevas realidades sociales— y que en Venezuela se tradujo políticamente por el Movimiento al Socialismo (MAS). A la luz de estos más de treinta años, sobre todo si pensamos en el momento político latinoamericano de hoy, ¿podríamos reconocer ramificaciones de esa renovación en el concierto que componen Lagos en Chile, Lula en Brasil o Kirchner en Argentina? ¿Representan esos gobiernos una concepción política de izquierda que centra sus prioridades en lo social, pero que a la vez dialoga muy bien con la economía y sabe definir con claridad sus terrenos de competencia?

**TEODORO PETKOFF (T.P.):** Creo que la experiencia del MAS, probablemente por su carácter pionero, fue como una suerte de semilla que no sé hasta qué punto germinó posteriormente. Yo no podría decir que algunos desarrollos —como el que ha tenido lugar en Brasil con el Partido de los Trabajadores (PT), o en Chile con el Partido por la Democracia (PPD)— estén directamente emparentados con nuestro propio proceso. Lo que sí

<sup>1</sup> Esta entrevista fue realizada a Teodoro Petkoff en julio de 2004.

siento es que ahora, muchos años después, al calor de todo lo que ha pasado desde la crisis del modelo soviético, se ha producido una reflexión importante en muchos sitios de América Latina. Yo encuentro, por ejemplo, que hay un punto importante de reflexión en la experiencia del PT brasileño. Independientemente de lo que ocurra con Lula, el planteamiento teórico que está detrás del PT se asemeja a lo que nosotros realizamos en Venezuela hace ya tanto tiempo. Lo mismo podría decirse de lo que ocurre en Chile con el PPD y el Partido Socialista, que se expresa significativamente en el comportamiento de Lagos. Otro sitio que tiene mucho que ver con nuestra propia experiencia, es lo que experimenta hoy cierta izquierda salvadoreña, precisamente aquella que logró zafarse del neostalinismo representado por Schafik Hándal, cuya candidatura de naturaleza borbónica, por cierto, era la ideal para el partido gobernante. Pero allí hay gente, y vale la pena citar el nombre de Joaquín Villalobos, que ha venido haciendo un trabajo que seguramente va a cuajar en el futuro. Yo sí siento que el viraje del continente hacia una izquierda moderada es muy superior al viraje que pueda dar hacia una izquierda falsamente radical. Y digo falsamente porque hay una parte de ese radicalismo que no tiene espíritu. Si, recordando a Marx, ser radical es agarrar las cosas por la raíz, debemos reconocer que hay un radicalismo que más bien agarra el rábano por las hojas y que se expresa en esa izquierda latinoamericana residual, de estirpe marxista-leninista, que en el caso venezolano sobrevive pegada a Chávez, y que sólo a través de él respira para ejercer, en mi opinión, una influencia bastante negativa en todo el continente.

**A.L.O.** Pero esto habla una vez más del carácter inédito y pionero que tuvo esa reflexión hace treinta años.

**T.P.** Sin duda alguna. La izquierda marxista-leninista, aun antes de que se derrumbara el bloque soviético, era un callejón sin salida. Guiada por el fidelismo, que ciertamente es un proyecto sin futuro y que se agotará en Cuba con la propia vida de Fidel, esa izquierda en América Latina se aisló de las principales corrientes sociales. Yo creo que, en esa necesaria renovación, el rol de Brasil puede ser determinante para el continente. Igualmente, si López Obrador termina siendo el candidato del Partido Revolucionario Democrático (PRD) en México, quizás eso abra una posibilidad de reflexión que vaya más allá de la conducción de Cuauhtémoc Cárdenas, a quien todavía veo un poco prisionero de la vieja izquierda. La propia naturaleza de López Obrador, que maneja otras realidades y otros actores, quizás signifique la oportunidad de una apertura bien importante. Y si gana la presidencia de México, estaremos en presencia de un fenómeno significativo para América Latina en los próximos años. Con respecto a Argentina y las potencialidades del peronismo, no me atrevería a sacar conclusiones. Hubo una época, cuando Perón regresó, en la que a mí me pareció que la izquierda peronista tenía muchas posibilidades. Pero luego sobrevino todo el proceso de lucha armada y, de pronto, la izquierda peronista desapareció del horizonte. Ahora con Kirchner, he reencontrado a

mucha gente que proviene de los montoneros y de lo que fue la izquierda peronista en su momento. Desde el primer MAS, antes del proceso armado, mantuvimos una relación bastante intensa con ellos.

**A.L.O.** Entonces sí ves un factor de renovación en el proceso argentino.

**T.P.** He descubierto que Kirchner estuvo vinculado a la periferia montonera y que mucha gente de los montoneros está ahora gobernando. Con el peronismo, que es muy atípico como movimiento, siempre es difícil sacar conclusiones. Kirchner ya tiene un año largo gobernando y sus movimientos deberían ser medidos con mucho interés. Veremos si este nuevo peronismo se puede emparentar con una izquierda de avanzada, moderna, aunque sus orígenes estén en una izquierda clásica, de raíz marxista-leninista, y que a partir de allí se torne hacia lo que ha sido el PT en Brasil, el PPD en Chile, o lo que fue el MAS en Venezuela. Quizás también en El Salvador pueda nacer un laboratorio interesante, porque allí la izquierda tiene la primera fuerza parlamentaria y municipal. Si no ganó la presidencia, fue porque con Schafik Hándal era imposible.

**A.L.O.** Muchos analistas están acuñando hoy un término preocupante: el de la «fatiga democrática» de los países latinoamericanos. Cuando se ven ciertas realidades andinas —las fracturas raciales en Bolivia, las divisiones sociales en Ecuador, la vuelta a viejos modelos populistas en Perú—, ¿estamos hablando de modelos políticos que no alcanzan a interpretar los legados históricos, o de modelos económicos que no reflejan los patrones culturales? El ciudadano de a pie puede sentirse tentado de optar por modelos que están en la periferia de la dinámica democrática, por modelos que se revisten de apariencia democrática para aplicar por dentro un verdadero ejercicio de parasitismo. ¿Cómo podemos oxigenar hoy los procesos democráticos en América Latina?

**T.P.** Ese riesgo está tan presente que Venezuela es hoy el primer laboratorio de esa posibilidad. En otros países del continente, eso que han dado por llamar «fatiga democrática» tiene presiones visibles. El estudio del Proyecto Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) es bien preocupante porque la conclusión que se entresaca es que si un gobierno es capaz de resolver eventualmente los problemas económicos y sociales, poco importa si es democrático o no. Esto revela claramente que si queremos que la población latinoamericana renueve su apoyo a la democracia como valor fundamental, los gobiernos deben ofrecer respuestas adecuadas a los problemas sociales. Por eso es tan importante el desafío de esta izquierda nueva. La opción es producir respuestas a partir de movimientos cuyas raíces están profundamente hundidas en una crítica de la sociedad. A partir de la comprensión de que son necesarias reformas muy profundas, sin vulnerar la democracia, puede darse una respuesta a la «fatiga democrática». La experiencia de Chávez no ha encontrado eco en otro sitio porque, sencillamente, no ha aparecido otro liderazgo semejante que encarne una movilización social susceptible de identificarse con esa clase de líderes. En otros países, por muy viejas y desacreditadas que

estén, las referencias políticas han logrado sobrevivir. En Argentina, la crisis del sistema político quizás fue más profunda que la venezolana —el argentino común decía «que se vayan todos», y caceroleaba a todos los políticos—, pero las referencias políticas, los partidos como tales, lograron mantenerse. Quizás las raíces del peronismo, o las del radicalismo, son muy profundas en la sociedad argentina. Cuando se produjo una crisis tan grave como la que se dio a la salida de De la Rúa, las referencias políticas tradicionales sobrevivieron y la institucionalidad no se derrumbó. Los argentinos resolvieron la crisis dentro de las instituciones, preservando la democracia, y dieron con una salida que, eventualmente, podrá ofrecer respuestas a la crisis social. Pero en ningún otro país de América Latina ocurrió lo que en Venezuela. O tal vez en Perú. Aquí el sistema político implotó, se desplomó. Este país se quedó sin partidos políticos, sin referencias partidistas viables. Los dos grandes partidos que gobernaron durante el último medio siglo se redujeron a grupúsculos. Y a esa crisis de partidos, por cierto, no escapa ni siquiera el Movimiento V República (MVR), un partido bastante inservible para los propósitos que Chávez quisiera adelantar. Por eso él ha ensayado tantas experiencias organizativas distintas: círculos bolivarianos, patrullas electorales, etc. El MVR, que es un partido clásicamente leniniano, tiene todos los vicios y defectos de la Acción Democrática (AD) tardía, sin ninguna de las virtudes de la primera; entre otras cosas, porque AD encarnó en su momento un gran sentimiento popular, para luego entrar en decadencia al no poder adaptar su fisiología leniniana a las exigencias de una sociedad democrática.

**A.L.O.** ¿Esa implosión era previsible? Si Venezuela fue durante cincuenta años una democracia de relativa estabilidad, modelo de alternancia y de partidos sólidos, ¿imaginaste alguna vez este desenlace?

**T.P.** No vamos a decir que lo preví, pero al menos sí escribí bastante sobre lo que estaba viendo con mis propios ojos. En *Proceso a la izquierda* hablo de esto. Y también en un libro de entrevistas llamado *Viaje al fondo de mí mismo*, que me hizo el periodista Ramón Hernández. Allí, con veinte años de anticipación, yo afirmaba que si el sistema político venezolano, cuyas falencias ya comenzaban a ser visibles a comienzos de los años 80, no lograba superarse a sí mismo, no lograba repensar su sistema de partidos y sus instituciones, y no generaba las reformas políticas que eran necesarias para darle un segundo aire a la democracia, pues aquí lo más probable era que fuéramos o a un golpe militar de derecha o a una respuesta demagógica supuestamente de izquierda. Yo lamento mucho que, desde el MAS, nosotros no hayamos sido capaces de ofrecer respuestas a esa crisis. Nosotros andábamos con una bicicleta entre dos trenes, y esos dos trenes nos triturraban electoralmente y contaminaban nuestra cultura política. El MAS terminó por ser visto como parte del mismo tinglado político, a pesar de que tuvo treinta años de vida en la oposición. El pueblo venezolano no distinguió al MAS como una opción válida frente a los dos grandes partidos y se tiró por el barranco de Chávez cuando creyó que éste era la respuesta.

**A.L.O.** ¿Esa degeneración partidista respondió a un problema de liderazgo?

Si en los primeros quinquenios democráticos que siguieron a la caída de Pérez Jiménez también se percibía una cultura política sólida, ¿por qué llegamos a un estadio tan desestructurante?

**T.P.** Además de lo que podríamos imputarle a la mediocrización creciente en el liderazgo de los dos pilares del sistema político dominante, AD y el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI), esa decadencia tiene manifestaciones tan clamorosas como la circunstancia de que, después de los libros de sus fundadores y viejos líderes, nadie va a encontrar, quizás con la excepción que recuerdo de Gustavo Tarre Briceno, ningún libro, monografía, ensayo o análisis, que haya pensando en el país o abordado la crisis de esos partidos. Lo que ocurre con los partidos del modelo leniniano es que van siendo capturados por una oligarquía de hierro que mantiene su poder a través del aparato. Más allá de esto, yo creo que, en el caso venezolano, la condición de petroestado, que es una figura de la última literatura económica, tiene mucho que ver con la crisis. Los petroestados son estados distintos a los demás. Los petroestados son tan poderosos, económicamente hablando, que logran producir un fenómeno extraño: el Estado casi se divorcia de la sociedad. Como el petroestado no depende de los impuestos que paga la sociedad, no expresa los intereses de los sectores socialmente dominantes, de alguna manera se independiza de la sociedad y se transforma en un instrumento poderosísimo que propicia la búsqueda de rentas (la *rent-seeking* de la que hablan los ingleses). Y la búsqueda de rentas se manifiesta tanto a través de los negocios que se hacen con el Estado como a través de la corrupción. Petroestados como Arabia Saudí, Indonesia, Nigeria o Venezuela, tienen un rasgo común: son terriblemente corruptibles. Ese es un fenómeno que, manipulado política y mediáticamente, ha hecho creer a los venezolanos que la corrupción era la causa de sus desdichas económicas, lo que además contribuyó poderosamente a la degradación del sistema político. Cuando el modelo petrolero, que aparentaba estar bien administrado, hacia fines de los años 70, comenzó a mostrar sus costuras, pasamos de la desaprensión alegre del país satisfecho (nuestra clase media llegó a ser la cuarta parte de la población) al país que comenzaba a fijarse en sus gobernantes con un ojo más crítico. La clase política fue vista como gente muy corrompida: no era tan competente como parecía, no estaba administrando bien el país y no era capaz de ofrecer respuestas al agotamiento de un modelo y a su crisis social correspondiente. El sistema político que a lo largo de veinte años precedió a Chávez, cayó en un descrédito total. Y el signo más visible de todos fue la dramática abstención que comenzó a producirse en Venezuela: 70 por 100 en las últimas elecciones regionales, y 40 por 100 en las tres últimas elecciones presidenciales. Hasta 1988, la gente votaba por AD o COPEI, pero de ahí en adelante el propio sistema político no escuchó los tres gigantescos aldabonazos que la crisis sembraba en la conciencia del

país. El primer aldabonazo fue el 27 de febrero del 1989, cuando el mundo se preguntaba: ¿de dónde salieron estos miserables que saquearon media ciudad? Si Venezuela era vista como un país petrolero y próspero, ¿dónde estaba este otro país sacudido y marginal? El segundo aldabonazo fue el alzamiento militar de 1992: ¿de dónde provenían estos militares, para colmo de izquierda, en unas Fuerzas Armadas paradigmáticas en América Latina, con más de cuarenta años de inserción absoluta en la vida democrática? Y el tercer aldabonazo, igualmente singular, fue la victoria de Rafael Caldera y la votación gigantesca de la Causa Revolucionaria (Causa R) en 1993. Hay que recordar que Caldera se transformó en un *outsider*, rompió con su partido y, a la cabeza de una coalición de grupúsculos de izquierda, gana las elecciones. Son los mismos grupúsculos que acompañaron a Chávez en 1998, pues la suma de los votos de Caldera y de Causa R es el total de votos que Chávez obtiene cinco años más tarde. Los dirigentes políticos del país no pensaron en la significación de estos tres aldabonazos, no advirtieron que algo subterráneo venía bullendo. Y en cuanto los venezolanos vieron a un tipo salido de la nada, que no podía ser acusado de complicidades con ninguno de los partidos del sistema, que mantenía una aureola de bravura, votaron por él. Un signo de aquellos tiempos es que los venezolanos, de no aparecer Chávez en el horizonte, hubieran elegido a Irene Sáez.

**A.L.O.** Algunos analistas —entre ellos Joaquín Villalobos— están hablando de la absoluta importancia del referendo venezolano para la hora latinoamericana. Esta especie de penitencia que hemos vivido con Chávez, ¿no será como el trance necesario para replantearse una visión del país mucho más integradora e inclusiva? Pudiera parecer que Venezuela se situase de nuevo en una posición relativamente pionera en el contexto continental si las amargas lecciones del chavismo sirven para recuperar la fe democrática en base a un nuevo compromiso social. ¿Tú crees que la hora es tan decisiva como algunos lo pintan? ¿Nos estamos jugando realmente el futuro del país?

**T.P.** Se está jugando en un sentido bastante inmediato. Pero creo que esto puede tener repercusiones en el continente. Un triunfo de Chávez, en el caso de que no fuera derrotado en el Revocatorio, podría alimentar con mucha fuerza a otros aventureros. Digamos que el «caldo de cultivo» para que aparezcan estos tipos de liderazgo carismáticos, audaces, existe. Ahora bien, si las sociedades les van a permitir emerger, seguramente por condicionamientos más psicológicos que políticos, ya eso es otro cantar. Pero volviendo al caso venezolano, yo sí creo que nos estamos jugando el futuro y que, en todo caso, éste no será fácil. Si la derrota de Chávez, eventual y posible, no es seguida por un gobierno elegido constitucionalmente al mes siguiente, capaz de plantearse por lo menos el inicio de un camino que ofrezca soluciones a los problemas de los que hemos venido hablando, entonces esos años inmediatamente posteriores pueden ser difíciles y estar enmarcados en un alto grado de inestabilidad política.

Aun derrotado, Chávez va a continuar siendo un factor político muy significativo en Venezuela. De hecho, éste va a ser el principal problema que va a tener el gobierno que lo sustituya: Chávez en la oposición. De modo que no solamente hay que actuar en el sentido de encarar los graves problemas sociales, sino que también hay que darle una respuesta integradora al fenómeno chavista. Un nuevo gobierno no puede pretender reproducir una «carmonada»: imaginar que la derrota de Chávez es simplemente abrir la compuerta para la venganza social y política. Ése sería el camino del desastre, un camino fatal. Por el contrario, si Chávez no fuese derrotado, entonces los escenarios posteriores dependerán mucho de la conducta que él asuma. Porque si Chávez saca como lección de su victoria, hipotéticamente hablando, que la conflictividad permanente y la agudización de las contradicciones, como reza la vieja conseja marxista—leninista, le han dado resultados y lo animan a seguir por ese camino, entonces lo que vamos a tener es un empeoramiento de la situación porque los factores de conflictividad se van a mantener. Pero si, en caso contrario, la lección que extrae Chávez es que, a fin de cuentas, tiene a la mitad del país en contra de él, y que es necesario procurar acuerdos indispensables y tender puentes, y a su vez la oposición sale al encuentro de una actitud política de esa naturaleza, entonces el país podría recuperar parte importante de su gobernabilidad y evolucionar en un sentido democrático, vamos a llamarlo convencional, hacia las elecciones del año 2006 dentro de un cuadro político menos crispado.

**A.L.O.** ¿Es consciente la oposición, o su liderazgo visible, de que ofrecer soluciones a los problemas del país es el camino que se debe recorrer?

**T.P.** Yo creo que una parte significativa del liderazgo de oposición lo tiene muy claro. El problema es que ese liderazgo tiene que hacer un esfuerzo colosal para contener a sus extremos. Hay sectores extremistas con palancas de poder muy importantes: presencia importante en medios de comunicación, alto poder de penetración en la vida económica, presencia significativa en las Fuerzas Armadas, etc. Es previsible que esos sectores económicos, sobre todo después del fracaso del paro, quieran vengarse. Pero allí es donde los sectores políticos con mayor carácter democrático deben recuperar la conducción de la oposición e imponer una línea de estrategia democrática, jugar sobre el tablero democrático y enfrentar todas las provocaciones de Chávez. Si estos sectores logran colocarle la mano en el pecho al extremismo, entonces se puede avanzar hacia una victoria de la oposición. Yo siento que el desafío que le puede plantear su extremismo es muy grande. En definitiva, como nos muestra la experiencia de algunos otros países —el caso reciente de Chile o el de Brasil en 1964 cuando derrocaron a João Goulart—, todo depende de la capacidad que tengan los sectores moderados de ambos bandos para procurar acuerdos mínimos. Si estos sectores, que tienen muchos puntos en común, logran derrotar a sus respectivos extremistas, logran derrotar el chantaje que los extremismos ejercen sobre los moderados, podremos

avanzar con posibilidades de éxito. Lo que pasó en los casos históricos de Chile y Brasil fue que los extremismos de ambos lados, de derecha e izquierda, chantajearon a sus respectivos sectores moderados y bloquearon toda posibilidad de entendimiento en el centro. Y eso le abrió el camino, en ambos casos, a las opciones extremas de ultraderecha.

**A.L.O.** ¿Te imaginas la nueva hora política en función de la reconstrucción de partidos (aunque sea con variantes), de un mayor protagonismo de la sociedad civil organizada o de un liderazgo más colectivo que individual?

**T.P.** Probablemente la inexistencia, por ahora, de figuras fuertes presentadas por la oposición le darán una característica bastante colectiva al liderazgo. Un cambio en la escena debería estimular a una sociedad que en estos últimos cinco años, al menos, aumentó su grado de politización de manera excesiva. Hay millones de venezolanos hoy para los cuales la política era antes algo muy ajeno: descubrieron que o se ocupan de la política, o la política se va a ocupar de ellos. Yo sí creo que tanto en los sectores populares, que anteriormente le prestaban un respaldo ritual a los dos grandes partidos cada cinco años, como en la clase media venezolana, donde la desafección política era enorme, ha renacido el interés por la política. De todas maneras, el país tiene que vivir un proceso de desintoxicación, de recuperación del equilibrio, y me refiero incluso al equilibrio psicológico. Como sociedad, estamos terriblemente afectados por la polarización perversa que se ha dado, con todos sus componentes de radicalismo y odio. Si bien en nuestra sociedad siempre han existido contradicciones inevitables, nunca habíamos llegado como hoy a tal estado de desequilibrio y desquiciamiento. Chávez ha articulado, tanto por acción como por reacción, que la sociedad esté dividida en el alma: hoy nos odiamos, desgraciadamente, y aquí hasta las amistades y la vida familiar de millones de venezolanos está alterada. El grado de polarización ha adquirido la peor y más perversa de las formas. Y recuperar el equilibrio, cuando vemos lo que le ha costado a otras sociedades con fuertes procesos de polarización, significará un esfuerzo y una voluntad colosales.

**A.L.O.** Si la construcción de un centro político es fundamental para evitar el chantaje de los extremismos, ¿qué tarea le correspondería ahora a los líderes del chavismo para apartarse de los modelos de la izquierda borbónica y avanzar hacia modelos de izquierda más democrática?

**T.P.** No me es fácil dar una respuesta, porque el peso de Chávez es tan grande en ese conglomerado que asfixia cualquier emergencia de un proceso reflexivo. No creo percibir hoy la existencia de individualidades aisladas o de corrientes que realmente estén pensando en estos asuntos. Chávez va a continuar siendo el líder de ese movimiento, y como se trata de un liderazgo carismático, personalista, caudillesco (Chávez es Páez, Chávez es Crespo), es difícil entrever la capacidad que él mismo pueda tener para contribuir con esa reflexión.

**A.L.O.** En un contexto más amplio de renovación del momento político, ¿ves factores o elementos, aunque sea en estadio germinal, que permitan pensar

en el advenimiento de un esquema de mayor prosperidad económica pero de fuerte acento social? ¿Podemos pensar para los próximos años en un modelo de democracia social?

**T.P.** Uno de los logros que debemos concederle a Chávez es el de haber colocado la cuestión social en el centro de la mesa venezolana con una fuerza que quizás ningún gobierno anterior tuvo —con la excepción de la Acción Democrática de los años dorados—. Chávez ha obligado a los partidos existentes, y no creo que sea por simulación, a pensar en la cuestión social. Una parte importante del país, incluso sectores vinculados al mundo empresarial, ha tomado conciencia de que una sociedad con un 60 por 100 de pobres (de los cuales la mitad está en pobreza extrema) nunca va a ser estable. Si ese problema no se ataca a tiempo, si no se procuran diseños de políticas públicas que puedan devolverle la esperanza a la gente, no se podrán generar lealtades ni afiliaciones al sistema democrático. Hay una conciencia colectiva que yo no recuerdo que hubiera existido anteriormente. El antecedente más remoto para mí fue el de los primeros gobiernos democráticos que siguieron a la dictadura perezjimenista, cuando se supo dar respuesta a las inquietudes sociales del país con la masificación de la educación, de la salud pública, de la seguridad social, de los grandes programas de vivienda, de la reforma agraria. Esas respuestas se mantuvieron durante más de veinte años y le dieron al país una gran estabilidad social y política.

**A.L.O.** ¿Qué debería hacer la clase política venezolana, o quizás la sociedad venezolana en su conjunto, para inocularse una especie de antivirus del chavismo, o de cualquier otro fenómeno político de orden periférico, que pueda presentarse a la vuelta de los años?

**T.P.** En 1992, después de la primera tentativa de golpe militar, el Parlamento creó una Comisión de Reforma Constitucional que presidió Caldera. Ese intento de reforma, que contemplaba importantes cambios en la Constitución, fue abortado por el propio Parlamento cuando se llegó a la discusión del artículo sobre libertad de expresión. La mera existencia del concepto «información veraz», que Caldera defendía, desató una campaña mediática tan agresiva que los partidos políticos terminaron abandonando el proyecto. Pues bien, la mitad de la Constitución de Chávez, y quizás su mejor parte, incluyendo la figura del referendo revocatorio, se tomó por completo de ese proyecto. La conclusión es que si no se hacen las reformas necesarias en su momento, le estás abriendo el camino a las respuestas aventureras, demagógicas, antidemocráticas, autoritarias y hasta dictatoriales. De modo que el antivirus está en el reformismo avanzado. El antivirus está en lo que Europa pudo hacer después de la Segunda Guerra Mundial, ideando respuestas políticas y sociales a una crisis social sin precedentes. Tenemos el gran desafío de darle a la vía democrática el sólido sustento que supo darle Europa cuando, en una alianza tácita entre los dos grandes centros políticos —la socialdemocracia y el socialcristianismo— pudo aislar progresivamente a los extremos y reducirlos a los márgenes de la sociedad.